



LA FUNCIÓN SOCIAL Y EDUCATIVA DE LA HISTORIA EN LA SOCIEDAD GLOBALIZADA

JULIA SALAZAR SOTELO

RESUMEN

Para que la historia responda a los problemas planteados en este siglo, tiene que insertarse en la comprensión y explicación de los nuevos procesos que la globalización ha impuesto, solo así podrá proporcionar otros horizontes interpretativos que permitan mirar de frente a la realidad contemporánea y reconocernos en ella, como protagonistas y partícipes de nuestra época, en este tenor, la enseñanza de la historia tiene que repensarse desde una mirada que la ubique en los problemas del presente para contribuir a la formación de una ciudadanía que enfrente los retos emergentes y prefigure un futuro diferente. Se parte del convencimiento, de que la historia puede contribuir enormemente a construir “el sentido de realidad/presente” que involucre los intereses y necesidades de los colectivos para configurar sus sentidos de pertenencia, al mismo tiempo, que examinado los problemas que confrontan en su presente se pueda construir un gran proyecto ciudadano que deje atrás la narrativa nacionalista unívoca y se inscriba en las muchas historias y memorias de los diversos colectivos.

Palabras clave: enseñanza de la historia, sentido de pertenencia, identidad y, ciudadanía.

INTRODUCCIÓN

El punto de partida de esta investigación se encuentra ligado a un conjunto de interrogantes que han permeado mi práctica como docente de historia, entre las cuales destacan las siguientes: ¿la historia puede ayudar a que los jóvenes expliquen el mundo en el que están parados cuando éste parece girar de manera vertiginosa? ¿Qué tipo de historia se debe enseñar, a fin de que los estudiantes desarrollen un pensamiento crítico que les permita enfrentar con razones y argumentos los problemas que los afectan en lo cotidiano? ¿La investigación histórica debe hacer partícipe a la memoria en la escritura de la historia para dar respuesta a los problemas del presente? ¿El conocimiento del pasado es en verdad





útil para comprender los problemas del presente? ¿A partir de la comprensión del pasado se pueden delinear expectativas de futuro? Éstas y otras interrogantes me condujeron a reflexionar sobre una vieja pregunta que hoy cobra vigencia: ¿para qué sirve la historia?

DESARROLLO

Perfilar algunas respuestas en torno a estos cuestionamientos implicó transitar por los senderos de la antropología, la sociología, la pedagogía, la filosofía y por supuesto de la historia, lo que me permitió argumentar desde diferentes miradas la importancia de la historia, no sólo como asignatura escolar, sino por el papel que posee intrínsecamente en la comprensión del presente y sobre todo, por su pertinencia en una sociedad que parece transformarse a mega-velocidades, en la que, el presente se vive de forma acelerada, el pasado se mira como un lastre y el futuro se percibe como incierto.

Para delimitar la problemática a investigar, fue necesario abordar el impacto de la globalización en las prácticas culturales de las sociedades interconectadas con el propósito de analizar las nuevas maneras en que se manifiestan los procesos de socialización y lo que ocurre en los imaginarios de la sociedad, particularmente los cambios que se están produciendo en los referentes tradicionales de las identidades y en el cómo los sectores resignifican sus prácticas a partir de esas nuevas experiencias.

El análisis que me llevó a entrever dos fenómenos que sobresalían y se engarzaban perfectamente al interés de la investigación; la transformación en la experiencia temporal y la emergencia/visibilidad de nuevos colectivos que reclaman la figuración de sus identidades - ambos íntimamente ligados al conocimiento histórico-, éstos se convirtieron en ejes argumentativos que tejieron la investigación. Así planteado el problema, las nociones de temporalidad, espacio, historia, comunidad, prácticas culturales son analizados en la dinámica que imprimen los procesos de globalización y por las nuevas maneras de construir su sociabilidad.

La exploración y análisis de los fenómenos que experimentan las sociedades globalizadas me condujo a la búsqueda de nuevos planteamientos para su explicación, al mismo tiempo que me reveló el desgaste de ciertas categorías del pensamiento moderno (tales como progreso, certidumbre, conciencia histórica, identidad nacional) para comprender las formas





que asume, por ejemplo, la experiencia temporal de los individuos frente a la revolución tecnológica en las comunicaciones o el de las identidad(es) nacional frente a las nuevas formas de identificación. Es claro que todos los procesos advierten cambios y transformaciones, de ahí su historicidad, por ello se creyó conveniente reflexionar sobre algunos planteamientos del pensamiento moderno, en el cual se consolida la historia como conocimiento y práctica institucionalizada, que me dieran luz para apreciar las transformaciones.

Es oportuno precisar que, bajo el pensamiento moderno se contextualizan las funciones asignadas a la historia y a su enseñanza en la construcción de identidad (la nacional) y de las representaciones e imaginarios que conformaron la memoria histórica, así como en la percepción del tiempo considerado como un devenir que avanza de forma lineal y progresiva: La intención era valorarlos a la luz de los nuevos procesos y fenómenos que emergen en la sociedad globalizada para estimar su viabilidad o la necesidad de construir y plantear otros horizontes interpretativos. Pero la siguiente pregunta que salto, y toda esta reflexión filosófica es sobre su sentido y pertinencia en la sociedad.

Un elemento importante a considerar (a pesar de su amplio tratamiento en la bibliografía especializada) es la función que ha tenido la historia en la construcción de interpretaciones del pasado utilizadas por las élites para legitimar el poder e imponer una memoria histórica a la medida de sus intereses, con lo cual se privilegió una enseñanza que se anclaba a los imaginarios emotivos y sentido de pertenencia, por encima de la función que podría tener en el desempeño formativo de una ciudadanía democrática.

Así, la reconstrucción del pasado pretendió la objetividad sometiéndose a las prácticas institucionalizadas que dictaba el canon de cientificidad prevaleciente en cada época o de acuerdo con el paradigma historiográfico dominante, sin embargo relegó la comprensión de los problemas del presente, es decir, no dio cabida a las muchas historias olvidadas o borradas por el discurso hegemónico que pudieran ser significativas para los diversos colectivos en su presente e incluso, no dio cabida a la historia reciente o historia del presente.

Al respecto, no se puede obviar que la re-construcción del pasado se ha edificado a partir de modificar sus propias prácticas y finalidades, lo que me lleva a plantear que en la sociedad globalizada, la historia no puede seguir construyendo historias univocistas basadas en el desconocimiento de las muchas historias olvidadas o, en la escritura de historias eruditas que sólo son consumidas por un





público culto atraído por la misma, lo importante es apuntalar una historia que sea capaz de contrarrestar la manipulación del pasado ejercida desde lo político y en los medios de que no es otra cosa que la conciencia histórica como uno de los fundamentos de nuestra responsabilidad ética y política en el presente.

Si bien la función epistemológica de la historia puede tener más legitimidad -debido a que es producto de prácticas institucionalizadas-, y la función política ideológica es más cercana a la sociedad, hay que reconocer que dentro de estas prácticas se ciernen formas que han alejado a la historia de las problemas del presente, por un lado, el trabajo que produce el historiador(a) es consumido en ámbitos académicos reducidos, y por otro, la historia construyó un pasado con el cual nos identificamos de forma esencialista, excluyendo gran parte de lo que en realidad somos.

Creo que la función de develar lo que somos, no sólo es legítima sino necesaria, en virtud de que la recuperación de un pasado, por doloroso, olvidado o mitificado que sea, debe conocerse para que tenga sentido en el presente. Por ello, cuando afirmo que hay que conocerse, no me refiero al conocimiento que puede decir mucho pero no ser significativo para los grupos sociales o colectivos en el presente. Lo que se está señalando es que el conocimiento histórico debe ser compartido con los otros (precisamente por ser significativo), ya que, al compartir con otros es que se desarrolla y refuerzan los vínculos sociales con el grupo, con la sociedad, con los que se pueden consolidar sentidos de pertenencia e identidad tan necesarios en estos momentos difíciles por los que atraviesa la sociedad mexicana.

Para generar los sentidos de pertenencia e identidad es necesario que la enseñanza de la historia modifique su perspectiva en la escuela y trascienda hacia la idea de que su estudio no es el pasado en sí mismo, sino más bien la comprensión de los problemas del presente desde las muchas historias que puedan ser significativas para el presente, pero también, de las memorias que coadyuvan a consolidar los sentidos de pertenencia, bien lo dice Paul Ricouer (2010), la memoria es una representación que moviliza a los actores políticos para construir las identidades y vínculos sociales, por ello, es urgente re-plantear los problemas históricos, deconstruirlos volverlos a construir para que tengan sentido en el presente. Si bien la memoria no cuenta con la venia de la historiografía dominante, ya que a decir de algunos historiadores está gobernada por las exigencias existenciales de las comunidades, desde mi punto de vista,





las memorias no son nocivas en la comprensión del presente, simplemente nos abren otras miradas.

Es claro que una sociedad que no conoce su pasado está condenada a vivir eternamente manipulada por el poder, a no saber de dónde viene, a dónde dirigir su mirada en su propio presente, a presente, a no tener definidos sus sentidos de identificación y de pertenencia que son tan necesarios necesarios para todos y cada uno de nosotros. Es fundamental que la historia y su enseñanza asuman esa responsabilidad ya que contribuyó en gran medida al ocultamiento de las muchas historias que conforman la sociedad. Conocer el pasado y las memorias silenciadas implica desestructurar la identidad impuesta y abrir la posibilidad de construir nuevos sentidos de identidad para hacerse cargo de su realidad/presente y de su realidad/pasada.

Es imprescindible romper con la perspectiva histórica que institucionaliza el ocultamiento y el olvido de aquellos acontecimientos que dislocan la visión e interpretación hegemónica del pasado, visto desde una definición habermasiana, lo trascendental de una interpretación histórica no se encuentra en la interpretación en sí misma, sino en sus consecuencias es decir en su uso público. No se desprenda de lo afirmado, que la recuperación del pasado sólo puede ser utilizada con fines políticos para encumbrar una “verdad” por otra, (cuando un grupo político toma el poder pretende imponer su interpretación y ésta resulta igual de manipulada que la anterior).

La recuperación del pasado es indispensable para alumbrar los problemas del presente, no para tutelar el presente. La sociedad mexicana precisa re-construir el pasado para librarse de las “muchas verdades” creadas desde el poder que cimentaron su memoria histórica (la historia de México es una historia de héroes vencidos que se cohesionó con “verdades absolutas” como el mestizaje, con la pretensión de homogeneizar un heterogéneo proceso histórico), así pues, esas verdades absolutas deben desmitificarse para contrarrestar la fuerza de la imposición al elaborar representaciones del pasado que ayuden a la apertura de futuros posibles.

Así pues, el sentido y pertinencia del conocimiento histórico en la sociedad globalizada tiene que reflexionarse en función de las necesidades y problemáticas que se han configurado en esta etapa del capitalismo, es decir, la recuperación y construcción del pasado debe de estar en función de la comprensión de los problemas atingentes del presente -de acuerdo a W. Benjamin (1982) debe ser “la chispa” que alumbré el presente- y justamente, una de las problemáticas que reclaman una reflexión seria por parte de las ciencias sociales y de la historia, es el desajuste de los sentidos de pertenencia y la necesidad de configurar nuevos horizontes de significación que den sentido a las acciones compartidas





que cotidianamente realizamos los miembros y/o grupos sociales (a partir de recuperar la historia escamoteada por el poder y por el autoritarismo del sistema político mexicano, que no ha permitido, por ejemplo en la enseñanza de historia de educación básica, la confrontación con el pasado reciente y su(s) memorias, como ha sucedido en otros países).

La historia debe contribuir a la construcción de una memoria histórica que aborde desde diversos horizontes interpretativos la comprensión del pasado y que dé voz a las historias de los "sin voz", para dar cuenta de "quiénes somos" a partir de "quiénes fuimos" y construir diversas representaciones de futuro compartido. En otras palabras, de lo que se trata es que el conocimiento histórico interpele a la memoria oficial y dialogue con los silencios impuestos a determinados procesos y momentos históricos -como el movimiento estudiantil del 68, o la represión ejercida a diversos actores en la construcción de la democracia en México desde la década de los sesenta, entre otros muchos-; la idea es que la historia nos confronte con los mitos y "verdades" de la historia oficial, a partir del conocimiento de las muchas construcciones históricas del pasado. Pero lo medular, es que nos enfrente al estudio de las luchas sociales y políticas como un modo de comprender la complejidad de la formación de nuestra identidad, lo que no podría ayudar a pensar otras formas de ciudadanía.

Lo anterior conduce a plantear que es inaplazable re-orientar las formas de enseñanza y aprendizaje del saber histórico, las cuales deben desarrollar en los estudiantes habilidades cognitivas que les permitan comprender la complejidad de los cambios de la sociedad globalizada, y a partir de ellas, generar nuevas formas de aprendizaje, en las cuales la adquisición del conocimiento factual (el saber histórico) no sea el fin último, sino el de discernir sobre situaciones concretas que les afectan en su vida cotidiana y poder tomar decisiones razonadas. Es decir, los nuevos desafíos de la globalización demandan una conciencia histórica construida desde la conciencia de la diversidad y la responsabilidad, que mire hacia el futuro e incluya la reflexión desde "el nosotros".

La idea es desembarazarnos de las historias únicas y hegemónicas que sólo distorsionan la realidad, con la intención de buscar nuevos sentidos de pertenencia que reconozcan las historias comunes que nos definen, pero también las que nos hacen diferentes. En esta sociedad donde la crisis cultural oculta el porvenir, es necesario contagiar a los jóvenes de una idea de mañana o de un futuro inmediato.





Al respecto, es necesario señalar que la historia no sólo implica una acción cognitiva para conocer el pasado, es también memoria que habla de un pasado que fue relegado pero que guarda en su seno el olvido de las culturas indígenas, las mujeres, y los otros grupos culturales que configuraron la sociedad mexicana. La recuperación de esa memoria es necesaria para dar una mayor inteligibilidad a los cambios del presente, es de alguna manera el encuentro entre el presente con el pasado, lo que implica “cepillar la historia a contrapelo”-como lo afirma W. Benjamin-, para no perder las huellas de esos actores anónimos.

CONCLUSIONES

Es importante aprender la realidad-pasada desde otras ópticas y no sólo desde el discurso hegemónico colonialista y euro-céntrico con el que se ha construido la historia de México del siglo XIX y gran parte del siglo XX, y narrar las otras historias desde miradas alternas que den posibilidad de alumbrar los claroscuros de la historiografía hegemónica. Ante estos retos epistemológicos, la historia ha abierto otras posibilidades que de acuerdo con Zermeño, “parten del desplazamiento del principio de enunciación o eje de observación del pasado, de las élites a los subalternos [...] no se trata de cubrir “olvidos historiográficos” [...] sino de avanzar en el proceso de rectificación de un núcleo epistemológico que por su misma naturaleza no es capaz de rendir tributo a aquella zona de sombras o contraparte de la historia. (Zermeño, 2001: 113) Es decir, la rectificación epistemológica en la historia ha llevado al cuestionamiento y replanteamiento de los conceptos que constituían el discurso hegemónico y que permitían nuevas formas de nombrar a la realidad.

El conocimiento histórico debería ser el facilitador en la comprensión de las problemáticas que afectan a los diversos grupos sociales en el presente, pensado desde un horizonte flexible en el que incluya tanto las formas de hacer historia de la historiografía profesional con formas de proceder científicas, como de otras de relación con el pasado, como la muy polémica “memoria”, ya que en esta se asienta en gran medida la posibilidades de pensar en el futuro. A partir de esta argumentación es que se inscribe la necesidad del rescate de la memoria en la escuela, entendida como un acervo de vivencias y experiencias comunes que han compartido determinadas comunidades y ayuda a dar claridad al presente.

Se plantea como elemento importante de la propuesta, que el alumno como parte de una colectividad sea quien interprete y se apropie de la historia que intenta comprender, y no simple





depositario de la narrativa meta-nacional. Por ello, un punto de partida importante es que el sujeto que elabora una narración sobre su relación con la realidad social, de alguna manera está configurando su identidad (Ricoeur). Es decir, en la medida que las prácticas culturales de una comunidad se puedan expresar narrativamente se recupera la capacidad de significar sus acciones y experiencias cotidianas, de apropiarse de realidad-presente y de su realidad-pasada. Narrativas que irradian elementos de identificación nuevos y contradictorios en las que se habla de las preocupaciones e incertidumbres del presente, pero también de su pasado y la posibilidad de imaginar el futuro.

Y precisamente una de las formas de recuperar parte de esos significantes de la realidad, ha sido mediante el rescate de su(s) memoria(s) desde el lugar de su experiencia: lo que ha permitido pensar sus identidades no como una propiedad impuesta por el poder (la identidad esencialista), sino desde la conciencia de la heterogeneidad cultural. Es decir, las significaciones de identidad no pueden dissociarse de los procesos de re-construcción de una comunidad política (local-indígena, nacional, o meta-nacional).

Bajo esta argumentación se tendría que plantear que la enseñanza de la historia no debe fomentar las visiones heroicas propias del romanticismo (que si bien tuvieron su importancia para cimentar a los nacientes estados y una memoria histórica que cohesionó a la sociedad), hoy se precisa de una historia que dé cuenta de los procesos históricos que definieron los imaginarios, así como la idiosincrasia de los diversos grupos etno/culturales, para conferir identidad y sentido a un determinado proyecto histórico. La historia debe abrir sus fronteras para dar entrada a la profunda diversidad y heterogeneidad de los muchos Méxicos que componen nuestra sociedad y por ende, de las muy diferentes historias e itinerarios complejos que se entrecruzan e imbrican dentro de esa historia. Sólo así, la enseñanza de la historia dará sentido a la experiencia pasada común y a la cohesión social que se ha perdido con la cultura homogenizante de la globalización.





BIBLIOGRAFÍA Y REFERENCIAS

Benjamín, W. (1982). Discursos ininterrumpidos. Madrid: Taurus.

Fontana, J (2003). "¿Qué Historia enseñar?". En Clío & Asociados N° 7. Santa Fe-UNL. Recuperado de:
www.dx.doi.org/10.14409/cya.v1i7.1578.

Habermas, J. (1989). Identidades nacionales y postnacionales, Madrid: Tecnos.

Ricoeur, P. (2010). La memoria, la historia, el olvido. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Zermeño. S. (2001). La sociedad derrotada. El desorden mexicano de fin de siglo, México: Siglo XXI.

